

## QUÉ FUE DE NUESTRA HISTORIA SOCIAL (O QUIZÁ NO TODO TIEMPO PASADO HAYA SIDO MEJOR)

DEMETRIO CASTRO\*  
UNIVERSIDAD PÚBLICA DE NAVARRA

Hace ya mucho que en su *English Social History* sir George Macaulay Trevelyan sentenció la cuestión del alcance y contenidos de Historia Social en términos que en su engañosa simplificación producen ahora cierta melancolía: Historia Social es, diría, la historia sin política.<sup>1</sup> Pronto se vería que las cosas no eran tan simples, que ni siquiera qué entender por *política* es tan simple, pero ello no fue óbice para que, vencidas iniciales resistencias, la Historia Social se consolidara como una de las ramas o especialidades historiográficas más y mejor atendidas en el cuarto de siglo que va, grosso modo, de 1960 a 1985. En torno a esta última fecha, y pese a que por entonces ya se barruntaban problemas e iba creciendo la desazón entre lo más consciente del medio profesional, al menos fuera de España, el panorama de conjunto no podía dejar de ser optimista e incluso triunfalista. En efecto, la Historia Social era una disciplina en expansión como resultado de un doble proceso verificado a lo largo de aquellos años. Por una parte, el de su emancipación de la Historia Económica a la que había venido tradicionalmente uncida en la fórmula, acuñada de antiguo, de *Historia Económica y Social*; y, por otra parte, el de la paulatina ampliación de contenidos y objetos de estudio, rompiendo los márgenes angostos, y con frecuencia ideológicamente condicionados, de la historia del movimiento obrero o de los movimientos sociales (o *work history*) a cuyo cultivo se dedicaban legiones de entusiastas investigadores. Como consecuencia, la disciplina mostraba desde finales del decenio de 1960 un crecimiento institucional vigoroso mediante la proliferación de asociaciones, congre-

---

\* El autor forma parte del proyecto CSO2008-04213/soc.

<sup>1</sup> Historia Social, sería, según su conocida formulación, «the history of a people with the politics left out», *vid. English Social History: a survey of six centuries, Chaucer to Queen Victoria*, Longmans, Londres, 1943. La idea no era, sin embargo, absolutamente original: ya en 1896 Kurt Breysig había sostenido que el objeto de la Historia Social lo constituían aquellas asociaciones humanas que, como la familia, los estamentos o las clases, no tienen naturaleza específicamente política —en la acepción convencional de *política*, se sobreentiende (*vid. Jürgen Kocka, Historia social. Concepto, desarrollo y problemas*. Alfa, Barcelona y Caracas, 1989, pp. 81 y 86).

sos y encuentros científicos, cátedras y otros puestos académicos, así como de publicaciones especializadas.<sup>2</sup> *Labor History Review* apareció con el comienzo de la década, *Le Mouvement Social* surgió hacia 1966, el *Journal of Social History* en 1967, y en 1976, el mismo año en que se fundó la Social History Society británica, comenzarían *History Workshop* y *Social History*, por hacer referencia solo a revistas bien caracterizadas y conocidas en cuyas páginas suelen o solían tener cabida los trabajos de orientación más convencional. En suma, tras una ligera redefinición de enfoque y objeto, aquellos fueron tiempos excelentes para dedicarse a la Historia Social, según el autorizado parecer de Hobsbawm en un conocido texto.<sup>3</sup> Pero el auge se reflejaba también en la aparición de estudios especializados o subáreas cada vez más diferenciadas. No se trataba ya de la muy autónoma demografía histórica, sino de campos de trabajo nuevos como el estudio del campesinado, la historia urbana, la historia de la familia, la historia de la infancia, la historia de las mujeres, la historia social de la educación, la historia social de la medicina y la salud... Todos ellos adquirían cuerpo y tomaban carta de naturaleza en torno a publicaciones propias: *Journal of Peasant Studies*, *Peasant Studies Newsletter*, *Journal of Urban History*, *Journal of Family History*, *History of Childhood Quarterly*, *Journal of Marriage and Family*, *Journal of Comparative Family Studies*, *Journal of the History of Childhood*, y tantos otros.

Ciertamente, la multiplicidad no se reflejaba solo en la proliferación de campos de trabajo de mayor o menor novedad, sino también en las orientaciones teóricas y metodológicas, bien basadas en una inspiración más o menos estricta en el materialismo histórico, o en presupuestos estructuralistas, funcionalistas, conductistas y otros. A todas ellas, se podría agrupar con algo de simplificación en cuatro grandes corrientes: (i) la británica o anglosajona de carácter marxista y un tanto heterogénea en función de sus cultivadores; (ii) la de procedencia *annaliste*, en muchos casos difícilmente diferenciable de un lábil marxismo<sup>4</sup> e igualmente de creciente heterogeneidad; (iii) la *Social scientific history*, o simplemente Sociología histórica,<sup>5</sup> orientada hacia la formalización de modelos basados en

<sup>2</sup> Sin embargo se careció de una asociación internacional unitaria hasta tiempos muy recientes, parte quizá de un programa de reafirmación: Béla Tomka, «Perfecting Institutionalization. The Foundation of the International Social History Association», *Journal of Social History*, 40, 4 (2007), pp. 987-989.

<sup>3</sup> Eric J. Hobsbawm, «From Social History to the History of Society», *Daedalus*, 100, 1 (1971), pp. 20-45: visto el «remarkably flourishing state of the field», «it is a good moment to be a social historian» (p. 43).

<sup>4</sup> Sin perjuicio del hecho de que de modo muy general el repertorio conceptual básico de la Historia Social haya sido y en gran parte aún sea reconociblemente marxista: Patrick Joyce, «The end of Social History?», *Social History*, 20, 1 (1995), p. 75.

<sup>5</sup> En las investigaciones propias de esta orientación hay una variedad que la común etiquetación podría encubrir, y que se pueden personificar en los enfoques respectivos de Ch. Tilly, por un lado (en torno a los grandes cambios estructurales conformadores del mundo moderno industrial-urbano-estatal y las respuestas colectivas, en forma de acción, a los efectos de esos cambios), y de Th. Skocpol por otro

los contruidos por las ciencia sociales; (iv) la «Historia de la sociedad» (*Gesellschaftsgeschichte*) de la llamada escuela de Bielfeld. Sin duda, esa dispersión de intereses y pluralidad de orientaciones se podría interpretar como indicio de vitalidad y síntoma de prometedor crecimiento, según diagnosticó Hobsbawm,<sup>6</sup> pero otros podrían sostener que eran manifestaciones de desconcierto, de desorientación y de agotamiento de una disciplina incapaz de sobrevivir a su propio éxito. En conjunto, sin embargo, siempre se podría argumentar que, en torno a 1980, las diferentes maneras de entender y cultivar la Historia Social tenían un rasgo definitorio común y esencial: su construcción explicativa se hacía desde «la sociedad» o «lo social»; era esto lo realmente significativo y lo que el historiador estaba obligado a indagar, siendo los demás aspectos de la realidad histórica (intelectuales, políticos, religiosos —en la medida en que quepa distinguirlos de lo propiamente «social») complementarios y subsidiarios. De manera que, en cierto modo, Trevelyan seguía teniendo razón: la Historia Social era la historia sin política, o con la política en muy segundo plano y explicada a través de las estructuras y acciones sociales. Conviene quizá recordar que el apartamiento de la política solo fue cierto, y no siempre, si se hace referencia a la política institucional, diplomática e interior, y que en realidad la especialidad abrió nuevas perspectivas al estudio de las relaciones de poder.<sup>7</sup>

En cualquier caso, estas son, sin duda, cosas bien sabidas y sobre las que no hay necesidad alguna de abundar ahora. Haberlas traído a colación se justifica solo por lo ilustrativos que suelen resultar los contrastes y como introducción pertinente al asunto que aquí quiere tratarse, el estado actual de la disciplina. Y si hubiera que elegir un término para dar cuenta de ese estado pocos podrían ser más apropiados que *desdibujamiento*; en efecto, la Historia Social, tal como se configuró y consagró académicamente, ha venido perdiendo, y de manera acentuada durante las dos últimas décadas, sus perfiles, desvaneciéndose, esfumándose. Hay que pensar que no se trata de su desaparición sin más, sino de su trans-

---

(sobre la explicación de cambios estructurales en largos periodos de tiempo a partir de hipótesis teóricas). La sociología histórica, tan ampliamente desarrollada en los Estados Unidos durante el decenio de 1980, si llegó a conseguir reconocimiento profesional y académico entre los sociólogos, no perdió, sin embargo, su condición marginal en la Sociología (*vid.* Ewa Morawska, «Sociology and “Historical Matters”», *Journal of Social History*, 23, 2 (1989), pp. 439-444), sin, por otro lado, llegar a vencer el recelo de los historiadores, con lo que vino a quedar en una indefinida tierra de nadie desde la que algunos ven con curiosidad replanteamientos sobre la rancia cuestión de los límites entre historia (social) y sociología (histórica) (*ibid.*, p. 442).

<sup>6</sup> «The Revival of Narrative: Some Comments», *Past and Present*, 86 (1980), pp. 3-8. La misma confianza en la vitalidad de la Historia Social para incorporar todo tipo de novedades temáticas y metodológicas en Charles Tilly, «The Old New Social History and the New Old Social History», *Review* [SUNY], VII, 3 (1984), pp. 336-406.

<sup>7</sup> Simon Gunn, «From hegemony to governmentality: Changing conceptions of power in Social History», *Journal of Social History*, 39, 3 (2006), pp. 705-720. También en el mismo número de la misma publicación, Prasannan Parthasarathi, «The State and Social History», pp. 771-778.

formación en un tipo de especialidad historiográfica distinta, con otras preocupaciones, otros temas y otros supuestos epistemológicos. Hasta cierto punto, admitirlo así es un lugar común, pero no han faltado ni faltan resistencias a reconocer la crisis que viene afectando a la Historia Social.<sup>8</sup> Cabe discutir las causas o las raíces de esa variación, o verla como parte y consecuencia de otras de mayor envergadura, tal vez vinculadas a los cambios de la política mundial y los alineamientos ideológicos registrados en el final de siglo. Algo así vino a sostener Marcel van der Linden, editor ejecutivo de la *International Review of Social History*, en el editorial introductorio a un número de 1993 titulado «¿El fin de la Historia del Trabajo?». El texto transpira amarga melancolía al evocar lo que fue la solidez de esa subdisciplina en otros tiempos y su situación declinante y marginada ya entonces, y no hay que olvidar que esa especialidad (subproducto directo cuando no denominación alternativa de lo que en España, como en Francia o Italia, se denominó *Historia del movimiento obrero*) fue en su momento la base y quintaesencia de la Historia Social. Para van der Linden, el que áreas nuevas y «*menos politizadas*» estuvieran convirtiendo la Historia del trabajo en una antigualla era debido a la desvalorización misma del trabajo para la axiología dominante en los países avanzados y, ante todo a que «la constelación política mundial ha experimentado una metamorfosis que ha producido la volatilización del espíritu de los años de 1960, el colapso del “socialismo” en la Unión Soviética y la Europa oriental, y la crisis de los partidos obreros en todas partes».<sup>9</sup> Otros estudiosos preocupados por el declive de la subdisciplina compartieron el diagnóstico: según Stearns, entre las razones de la actual situación de la Historia Social en los Estados Unidos estaría «el resurgimiento del conservadurismo político»

<sup>8</sup> Esa negativa al reconocimiento de la crisis se encuentra, por ejemplo, en el editorial firmado por K. Nield y J. Blackmen a la quincuagésima entrega de *Social History*, cifra muy apropiada para balances (*Social History*), 17, 2 (1992): «*The discipline of social history is emphatically not in a crisis induced by change*». Su punto de vista es tanto más sorprendente cuanto que el mismo número incluyó un artículo de D. Mayfield y S. Thorne con el cual querían reafirmar lo sustancial de las tradicionales nociones de *clase* frente a las revisiones epistemológicas impuestas por el *giro lingüístico*, y que abrió una larga polémica cuya primera evidencia es lo muy real del desconcierto entre los historiadores sociales del momento: David Mayfield, Susan Thorne, «Social history and its discontents: Gareth Stedman Jones and the politics of language», *Social History*, 17, 2 (1992), pp. 65-88; Jon Lawrence, Miles Taylor, «The poverty of protest: Gareth Stedman Jones and the politics of language —a replay», *idem*, 18, 1 (1993), pp. 1-15; Patrick Joyce, «The imaginary discontents of social history: a note of response to Mayfield and Thorne, and Thorne and Taylor», *ibid.*, pp. 81-85; David Mayfield, Susan Thorne, «Replay to “The poverty of protest” and “the imaginary discontents”», *Social History*, 18, 2 (1993), pp. 219-33; James Vernon, «Who’s is afraid of the “linguistic turn”?», *Social History*, 19, 1 (1994), pp. 81-97.

<sup>9</sup> *International Review of Social History*, 38 (1993) (supplement 1), p. 1. La preocupación por el porvenir de la Historia del trabajo dejó por entonces muchos testimonios: en la primavera de 1990 el International Instituut voor Sociale Geschiedenis (al que tan vinculada está la *International Review of Social History*) organizó en Alkmaar un simposio sobre «The Future of Labour History: Comparative Perspectives», y el mismo año la Society for the Study of Labour History británica conmemoró su trigésimo aniversario con un encuentro en torno a «The future of Labour History?» cuyas conclusiones no reflejaron precisamente euforia, *vid. Labour History Review*, 55 (1990), pp. 5-16.

al que supone particular animadversión hacia la especialidad;<sup>10</sup> para Richard Price (quien parecía ver en eso una catástrofe), la llegada al poder de los conservadores en Gran Bretaña en 1979, y con ellos el predominio público de sus valores sociales y culturales, se tradujo en el ocaso de un tipo de historia con clara carga política implícita y establecido originariamente por políticos laboristas.<sup>11</sup> Pero su propio análisis resultaba ilustrativo sobre la raíz, podría decirse endógena, del cambio de paradigma y que se resumía en el desplazamiento como concepto central del de *clase*, entendida como una realidad objetiva, independiente de la percepción de los sujetos, determinante de una cultura autónoma. Es claro que esto no excluye la influencia de esos otros factores exógenos de amplio alcance, como el declive de las actividades del sector industrial, con concentraciones de obreros fabriles, en la sociedad posindustrial de economía terciaria,<sup>12</sup> pero si esta fuese la razón de fondo, la relativa distancia del medio social y cultural del historiador respecto al fenómeno del pasado que se plantea analizar, pocas especialidades historiográficas despertarían interés. Sobre este aspecto, y más en concreto sobre el supuesto efecto del cambio de clima político, se volverá más abajo. Lo cierto es que *cultura* y *lenguaje* pasaban a ser recursos analíticos más efectivos y mucho más ricos para indagar en las relaciones sociales del pasado que el modelo socioeconómico interpretado desde la noción clásica de *clase*. Para Price, la continuidad de la *labor history* exigía, más que replanteamientos metodológicos, una redefinición del objeto, ampliar sus límites por ejemplo a las relaciones de género o de grupos marginales o periféricos a los trabajadores institucionalmente organizados. En cierto modo una transformación de la historia del trabajo en historia de la sociedad.<sup>13</sup> Da la impresión, a la vista de balances semejantes, que los cultivadores de los temas que durante un tiempo constituyeron el *núcleo duro* de la Historia Social se resistieron a dejar de entenderla como una especialidad, un campo concreto de la actividad humana, para encontrar en ella más

<sup>10</sup> Peter S. Stearns, «Social History Present and Future», *Journal of Social History*, 37, 1 (2003), pp. 13 y 15.

<sup>11</sup> Richard Price, «The future of British Labour History», *International Review of Social History*, 36 (1991), p. 250. Y añadía: «en realidad es imposible separar la historiografía de la historia del trabajo de las prioridades políticas que constituían el mundo de sus primeros cultivadores». (El artículo elabora el contenido de la intervención del autor en el congreso de Alkmaar del año anterior.) Aun simplificando un tanto, cabría resumir aquello a lo que Price se refiere como expresión de supuestos ideológicos latentes que sustentaban dos tesis implícitas: por un lado, que una sociedad de clases genera un tipo de Estado y un tipo de política caracterizados por el antagonismo social y la conflictividad crecientes, al defender y representar ese Estado y esa política solo los intereses del grupo social que controle los recursos económicos; y, por otro, la idea de que la práctica política de la clase trabajadora solo podía tener expresión en el marco de organizaciones y bajo la inspiración de doctrinas socialistas en alguna de sus variantes en las cuales pudiera manifestarse y consolidarse su conciencia de clase, que a su vez solo podía dictar prácticas de enfrentamiento social si podía expresarse con autonomía. De ahí la escotomización de aquella historia social a muchos fenómenos y situaciones que desmentían tales supuestos.

<sup>12</sup> Hartmut Kaelble, «Social History in Europe», *Journal of Social History*, 37, 1 (2003), p. 32.

<sup>13</sup> R. Price, «The future of British Labour History», pp. 253, 254, 260.

bien un enfoque, un acercamiento a distintas formas de actividad humana en el pasado, cada una de ellas susceptible de constituir una especialidad particular. Como quiera que fuese, el paso del tiempo no hizo más que ahondar la sensación de crisis y, ya en el nuevo milenio, se reconocía abiertamente que «los días gloriosos de la historia social son cosa del pasado», que «la historia social ha perdido mucho de su radiante y glorioso papel de liderazgo en historia».<sup>14</sup>

Indudablemente, en la raíz de esta situación se halla la impregnación posmoderna de las ciencias sociales, a la que no escapó la historia. Las repercusiones que el pensamiento posmoderno han tenido sobre las diferentes especialidades históricas es cuestión lo suficientemente amplia y compleja como para que aquí no quepa más que evocarla,<sup>15</sup> pero tal vez el efecto más directo se cifrase en la puesta en cuestión de suposiciones básicas sobre las cuales construía la Historia Social convencional sus explicaciones. Más aún, los enfoques posmodernos, y en especial las tendencias posestructuralistas y deconstructivistas, forzaron a matizar e incluso a desestimar la noción de lo *real* con la que operaban los historiadores y dar cabida al esquivo concepto de *representación*,<sup>16</sup> una noción con raíces en la fenomenología y su rechazo a la idea de la conciencia como una mera facultad de reproducción de lo externo a ella misma. En efecto, habitualmente la mayoría de los historiadores se sitúan ante aquello que quieren indagar con una actitud en lo fundamental realista y dualista, epistemológicamente hablando; materialistas o no, presuponen cuanto menos a efectos prácticos la diferenciación tajante entre sujeto cognoscente y objeto de conocimiento y la prioridad de la realidad al he-

<sup>14</sup> H. Kaelble, «Social History in Europe», p. 31. También Jürgen Kocka, «Losses, Gains and Opportunities: Social History today», *Journal of Social History*, 37, 1 (2003), pp. 21-28, admitía «fragmentación, pérdida de identidad, popularidad declinante» (p. 21).

<sup>15</sup> Sobre la amplitud y densidad de la discusión generada en torno a ello, pueden ser muestra algunos de los intercambios de argumentos recogidos en las revistas profesionales en el momento álgido de la misma: Frank A. Ankersmit, «Historiography and post-modernism», *History and Theory*, XXVIII, 2 (1989), pp. 137-153; Pérez Zagorin, «Historiography and post-modernism: reconsiderations», *History and Theory*, XXIX (1989), pp. 263-274; Frank A. Ankersmit, «Replay to Professor Zagorin», *ibid.*, pp. 275-296; Thomas C. Patterson, «Post-structuralism, post-modernism: some implications for historians», *Social History*, 14, 1 (1989), pp. 83-88; Raphael Samuel, «Reading the signs», *History Workshop Journal*, 32 (1991), pp. 88-109, y 33 (1992); 220-251; Anthony Easthope, «Post-modernism and the historians: romancing the Stone», *Social History*, 18, 2 (1993), pp. 235-249. Neville Kirk, «History, language, ideas and post-modernism: a materialist view», *Social History*, 19, 2 (1994), pp. 221-240. También la conocida polémica en *Past and Present* entre Lawrence Stone, «History and post-modernism», *Past and Present*, 131 (1991), pp. 217-18, las notas de Patrick Joyce y Catriona Kelley en la misma revista («History and Post-modernism», 133 (1991), pp. 204-209 y 209-213) y la réplica de Stone e intervención de Gabrielle M. Spiegel, en el número 135 (1992), pp. 189-94 y 194-208. Igualmente, Gertrude Himmelfarb, «Telling it as you like», *The Times Literary Supplement*, 4672 (16/X/1992), pp. 12-15; P. Joyce, «The end of social History?».

<sup>16</sup> Con pocas palabras resumía Patrick Joyce esta cuestión: el pensamiento posmoderno, «calls into question many of the most fundamental assumptions of social history and history in general», mientras que su efecto sería «to question the idea of a clear distinction between representation and the “real”»: «The imaginary discontents of social history: a note of response to Mayfield and Thorne, and Lawrence and Taylor», *Social History*, 18, 1 (1993), p. 84.

cho de conocerla. En el deconstructivismo se niega ese supuesto desde su principio al sostener que no hay realidad anterior a la representación de la misma por medio de los códigos simbólicos a través de los cuales cobra sentido como conocimiento, con el lenguaje en primer término. En pocas palabras, no hay realidad al margen de la construcción cultural y simbólica. No se trata de que esa construcción cultural-simbólica modifique o distorsione la realidad percibida, sino que la realidad en sí y con más motivo su interpretación es producto de tal construcción. De análogos efectos epistemológicos al de representación es otro de los conceptos recurrentes en el léxico historiográfico que se puede llamar postsocial, el de *imaginario colectivo*. Si bien no todos sus usos son similares, con él se hace referencia normalmente a una serie de premisas o nociones tácitas que una sociedad maneja sobre sí misma, sobre sus fundamentos y mecanismos. Algo previo a las ideas mismas y base de la misma acción social e individual y una especie de nexo entre la conciencia de los individuos y la realidad en la que efectivamente actúan.

Junto a estos aspectos de orden epistemológico, otro cambio, si bien relacionado con estos últimos pero con significado y contenidos propios, fue operando sobre la práctica y el armazón teórico de la Historia Social clásica. Se trata del progresivo cuestionamiento de los enfoques comprensivos sociologistas, aquellos que otorgan al análisis de la sociedad o de grupos y estructuras sociales concretos capacidad explicativa suficiente y prioritaria, cuando no exclusiva, para la comprensión de la dinámica histórica. En su variedad, esos enfoques comparten una común vocación holista y omniexplicativa, la pretensión de dar cuenta de *la totalidad* de una unidad histórica u ofrecer explicaciones completas desde el conocimiento de la sociedad: la política, las ideologías, la religión, la creación artística... vistas desde y en función de la estructura social en la cual se manifiestan. La *desintegración*, el *completo colapso* de esas pretensiones totalizadoras de la Historia Social fue ya algo abiertamente reconocido a fines del pasado siglo,<sup>17</sup> pero el progresivo afianzamiento de las posiciones teóricas propias del *giro lingüístico* y los enfoques posmodernos no harían más que acentuarlo. Al interpretar los grupos sociales y sus identidades como realidades discursivas, no como entidades objetivas sino como construcciones, la realidad misma como entramado de significados, no es posible ni la explicación total ni el metarrelato que dé cuenta de ella. Así, la Historia en general y la Historia Social en particular tienden a fragmentarse, a la desintegración y el troceamiento. Algo parecido al *desmigajamiento* analizado por Dosse en torno a la evolución de la escuela annalista.<sup>18</sup>

<sup>17</sup> Lawrence y Taylor hablarían del «complete collapse of the subject's totalizing ambition» («The poverty of protest», p. 12), y P. Joyce de «disintegration of social history's totalizing ambitions» («The imaginary discontents», p. 82).

<sup>18</sup> Aunque distintos, se trata de fenómenos con consecuencias análogas. Dosse se centra en el proceso por el cual la historia hecha bajo los auspicios de *Annales* llegó a ser «la historia de tal o tal otro

Finalmente, se fue experimentando un abandono cada vez más general de los paradigmas que en las ciencias sociales aspiraban a reproducir los analíticos, expositivos y demostrativos de las ciencias duras, los que se orientaban a superar la vieja distinción entre ciencias nomotéticas e ideográficas, ciencias de la demostración y la universalización y ciencias de la descripción y lo singular, al menos utilizando recursos propios de aquellas, en particular la expresión numérica. En realidad, la Historia en general y la Historia Social en concreto no pudieron avanzar en este terreno mucho más allá de las operaciones básicas de cuantificación y tratamiento estadístico, pero la Economía pudo ofrecer durante un tiempo un modelo de indagación del objeto y hasta de estructura de la investigación que siempre fue muy sugestivo pese al divorcio ya antiguo de la Historia Económica y la Historia Social. Los historiadores sociales de mediados del siglo XX acostumbraban a hacer referencia en sus exposiciones a aspectos económicos, citaban a los historiadores económicos y a veces a los economistas en sus bibliografías y acusaban la influencia del tecnolecto de esos especialistas en el propio. Los de finales de siglo habían abandonado casi por completo esas referencias, leían cada vez menos una Historia Económica altamente sofisticada en la base matemática de sus análisis, o encontraban cada vez mayor dificultad para conectar esos análisis con los problemas que ellos abordaban. El papel que en su día cupo a la economía como referente para la Historia Social lo había ocupado la cultura, y la atención prestada a lo que tuvieran que decir los economistas se había desplazado hacia los antropólogos, unos vecinos cercanos sobre quienes, como suele ser habitual entre vecinos, casi nunca se ha tenido más que un conocimiento somero.

No por lo sucinto de ese conocimiento la atención de los historiadores sociales dejó de centrarse cada vez más en los aspectos simbólicos y rituales de la vida social, en las creencias, los significados y las interpretaciones. De ese modo, además de por la antropología propiamente dicha, se interesaron por la historia del arte y de la literatura, por la historia intelectual, por la historia de la ciencia y de la medicina o por la psicología (o más bien por el psicoanálisis), entre otras ramas o disciplinas. Con ello la Historia Social experimentó una auténtica transformación cualitativa, una metamorfosis que la convirtió propiamente en algo distinto, Historia Cultural. Esta especialidad tenía vida propia en cuyos orígenes podrían situarse

---

fragmento de lo real y no ya de la Historia de lo real», de forma que descubre un mundo «cada vez menos coherente, fundado sobre las singularidades, donde se desarrolla una historia desmembrada», donde por el rechazo de la totalidad inteligible se retorna a la descripción. François Dosse, *L'Histoire en miettes. Des «Annales» à la «Nouvelle histoire»*, La Découverte, París, 1987 (cito por la edición española de Alfons el Magnámin, Valencia, 1988, pp. 188-189). El sentido de la tesis de Dosse y el significado del título de su libro se entienden mejor teniendo en cuenta que en Francia la expresión «histoire en miettes» o «miettes d'histoire» fue común a fines del XIX y comienzos del XX para titular volúmenes de cuadros históricos sin pretensiones, sobre asuntos menores, anecdóticos y sin estructura unitaria como los de Alphonse Karr, Auguste Vacquerie, Maurice Thierry y otros.



nombres como los de Huizinga e incluso Burchardt, cuando no a los tratadistas alemanes de la *Kulturgeschichte* o la *Geschichte der Kultur* de fines del siglo XVIII. Venía siendo una historia preferentemente centrada en la producción y difusión de la cultura intelectual, la generada normalmente por individuos especializados en el uso de técnicas aprendidas en instituciones diferenciadas mediante un sistema reglado, y no en la cultura que simplificada se puede llamar *popular* o común, la aprendida y transmitida en el proceso de socialización y necesaria para la adecuada integración de un individuo en su grupo; es decir, la estudiada por los antropólogos. La primera podía entenderse como «historia de la cultura» y, sin renunciar nunca a cierta perspectiva ecuménica, se ceñía preferentemente a la cultura occidental de matriz clásica y cristiana. La otra podía llamarse más propiamente «historia cultural». La aproximación entre ambas, la compatibilización de sus enfoques y sus temas, fue un proceso paulatino en el que la obra de Foucault tuvo importancia especial y que desembocó en la que se denominó (con esa querencia de los analistas de la evolución historiográfica a etiquetar como «nueva» toda reorientación de una especialidad, marcando contrastes que no siempre son tan reales) *nueva historia cultural*. De las características de esa historia cultural es buena muestra el libro que con ese título editó Lynn Hunt en 1989.<sup>19</sup> Los ensayos allí reunidos eran tanto indagaciones sobre la obra de historiadores y antropólogos relevantes (Thompson, LaCapra, Geertz, el mismo Foucault) como estudios sobre cuestiones tales como el texto y la lectura, el cuerpo o la representación simbólica del orden social. Autores y asuntos que ya venían atrayendo a los cultivadores de la Historia Social y que en poco tiempo acabarían dominándola casi enteramente y determinando el *giro cultural* que cambió los supuestos de la Historia Social. Resulta enormemente significativo a este respecto que la Social History Society británica tenga actualmente, desde 2004, como revista oficial propia una titulada *Cultural and Social History*, punto de llegada de un tránsito que habiendo empezado en la Historia Económica y Social, siguió por la Historia Social y Económica, pasó por la Historia Social y llegó a la Historia Cultural.<sup>20</sup>

Uno de los efectos más evidentes de esa evolución ha sido una desbordante multiplicación de los temas, de los objetos de investigación. La Historia Cultural se ha ocupado de prácticamente cualquier actividad humana, incluidas aquellas que pudieran parecer más pasivas, como el dormir<sup>21</sup>, o más universales y mecá-

<sup>19</sup> Lynn Hunt (ed.), *The New cultural history*, University of California Press, Berkeley, 1989.

<sup>20</sup> «Editorial», *Cultural and Social History*, 1, 1 (2004), p. 3.

<sup>21</sup> Es el ejemplo que pone P. Stearns, *Social History Present and Future*, p. 12, citando dos artículos, de 1997 y de 2001, de uno de los cuales es coautor, pero olvidando el anterior (y valioso) de Peter Burke «L'Histoire sociale des rêves», *Annales: Économies, Sociétés, Civilisations*, 28 (1973), pp. 329-342 (hay versión española en Peter Burke, *Formas de Historia Cultural*, Alianza, Madrid, 2000, pp. 41-64), e incluso el acercamiento pionero de Eric E. Dodds, *The Greeks and the Irrational*, University of California Press, Berkeley, 1951 (especialmente el capítulo IV: «Dream-Pattern and Culture-Pattern», pp. 102 y ss., donde trata la conexión sueños-mitos).

nicas como el andar,<sup>22</sup> en la medida en que respecto a ellas quepan discursos y representaciones sociales. Incluso las dimensiones de la vida humana más personales o privadas (como la *intimidad* en sí misma) han podido ser materia de investigación,<sup>23</sup> y por descontado la sexualidad, una de las cuestiones más cultivadas normalmente bajo la inspiración de Foucault, el discurso sobre el cuerpo y la aceptación de la sexualidad como producción cultural.<sup>24</sup> En este orden de cosas, quizá nada pueda ilustrar mejor el alejamiento experimentado por la Historia Cultural de la matriz que fuera propia de la Historia Social que la relativa proliferación a lo largo del último decenio de estudios dedicados a las prácticas autoeróticas.<sup>25</sup> En principio, por su propia naturaleza, las fantasías y actos de autoerotización son acciones estrictamente individuales en las que el sujeto procede al margen de toda relación social por lo que la dimensión que cabe historiar como fenómeno social tiene que ver con los discursos, las percepciones sociales, los criterios axiológicos o a creación literaria en torno a la cuestión y otros aspectos análogos, que es de lo que realmente se ocupan los autores que han abordado el tema como materia de Historia Cultural. Pero difícilmente una publicación de Historia Social hubiera aceptado no hace tantos años un artículo sobre estos asuntos por no considerarlo propio de su campo de interés. La excepción hubiera podido ser tal vez *Social History* casi desde sus orígenes, porque su editor y uno de los más reconocidos especialistas norteamericanos de Historia Social, Peter Stearns, refleja bien en su extensa obra el tránsito hacia la Historia Cultural en sus vertientes más aparentemente alejadas del interés por las clases, las estructuras sociales y el conflicto que alimentaban en lo fundamental el cultivo de la historia en los decenios centrales del siglo XX. Aunque quizá más conocido hoy como especialista en historia social y cultural de la infancia y de las emociones, Stearns comenzó su carrera, a fines del decenio de 1950, con estudios que pudieran llamarse «clásicos» de Historia Social, especialmente sobre movilización y pensamiento social en la Francia anterior a 1848, así como sobre el impacto social

<sup>22</sup> Joseph A. Amato, *On foot: A History of Walking*, New York University Press, Nueva York, 2004. La dimensión social historiable de esta actividad se puede apreciar en el subtítulo del artículo de David Scobey, «Anatomy of the promenade: The politics of bourgeois sociability in nineteenth-century New York», *Social History*, 17, 2 (1992), pp. 203-227.

<sup>23</sup> Los ejemplos más sobresalientes son obvios y tempranos. Por un lado la *Histoire de la vie privée* dirigida por Philippe Ariès y Georges Duby a mediados del decenio de 1980, o *La Naissance de l'Intime*, 1988, de Annik Pardaillhé-Galabrun. La inevitable confluencia con la historia de la familia queda de relieve en una obra podría decirse «madura» sobre el tema: Karen Chase y Michael Levenson, *The spectacle of intimacy: a public life for victorian family*, Princeton University Press, Princeton (NJ), 2000.

<sup>24</sup> David M. Halperin, «Is there a History of Sexuality?», *History and Theory*, 28, 3 (1989), pp. 257-274.

<sup>25</sup> Sin intención ninguna de dar cuenta de la bibliografía relevante sobre este tema cabe mencionar Jean Stengers, Ann van Neck, *Masturbation: the History of the Great Terror*, Palgrave, Nueva York, 2001; Thomas Laqueur, *Solitary sex: a cultural history of masturbation*, Zone Books, Nueva York, 2003. Un amplio examen de publicaciones recientes, en Robert Darby, «The Masturbation Taboo and the Rise of Routine Male Circumcision», *Journal of Social History*, 36, 3 (2003), pp. 737-757.

de la industrialización. En 1989, sin embargo, y en una evolución que no cabe aquí tratar con detalle, se revelaría como primera autoridad en un campo que él mismo delimitó, la historia social de los sentimientos, con su libro sobre la celotipia en la sociedad norteamericana de los siglos XIX y XX.<sup>26</sup> Aunque los celos sean un estado emocional de ansiedad experimentado por un sujeto y desde esa perspectiva materia propia de psicólogos, Stearns (quien, por otra parte, no dejaba de dar cabida a esa disciplina en su planteamiento, hasta el punto de que su trabajo tiene bastante de psicohistoria) se ocupa de ellos en tanto que emoción o sentimiento definido y construido social e históricamente. Es discutible su tesis de que la sociedad tradicional contaba con mecanismos eficaces para controlar la celotipia reduciendo las posibilidades de que pudieran ocasionarse situaciones propicias para suscitar ese sentimiento, y de que su incidencia se extendiese con la merma del control social comunitario y la generalización del sentimiento amoroso romántico, pero su trabajo es en conjunto una buena muestra de historia social-cultural.

Hay más ejemplos, no menos ilustrativos. La Historia Social que podría llamarse clásica o tradicional tuvo la alimentación como uno de sus asuntos preferentes y, sin embargo, tratado de modo marginal. Se contemplaba prioritariamente desde el punto de vista de la producción y la comercialización de productos alimenticios, sobre todo agrarios. La gran preocupación eran las variaciones de precios, las carestías, las crisis de subproducción que daban lugar a conmociones populares, a protestas dictadas por una *economía moral* popular opuesta al juego de oferta y demanda en el comercio de esos productos; o la estructura de la dieta de las clases trabajadoras, descrita frecuentemente como subnutrición crónica; o los casos de hambrunas más o menos catastróficas como las muy reiteradas del Antiguo Régimen europeo o la de Irlanda a mediados del siglo XIX. La mayor parte de los muchos trabajos dedicados a esas o similares cuestiones se interesaban por la alimentación, o por mejor decir las dificultades alimenticias, como un factor determinante de movilizaciones sociales. La alimentación o el comer en sí mismos prácticamente carecían de interés para aquellos historiadores sociales. Muy al contrario que para los historiadores culturales que han cultivado la historia de la alimentación como una materia especialmente fructífera, atendiendo a ello más bien desde el punto de vista del consumo y ya sea centrándose en algún producto concreto, en la sociabilidad que el comer propicia, en los lugares para hacerlo o en cualquier otro aspecto. Representativos de esta especialidad pueden

<sup>26</sup> Peter N. Stearns, *Jealousy: The Evolution of an Emotion in American History*, New York University Press, Nueva York, 1989. Un prometedor adelanto sobre el asunto había aparecido ya poco antes: *id.* «The rise of sibling jealousy», en Carol Z. Stearns y Peter N. Stearns, *Emotions and Social Change: toward a new psychohistory*, Holmes & Meier, Nueva York, 1988, pp. 193-222.

ser los libros de Rebecca Spang, June Freeman o Priscila P. Ferguson,<sup>27</sup> estudios de rigurosa factura y desbordantes de erudición, especialmente el último debido a una especialista en sociología de la literatura francesa del siglo XIX. En ninguno de ellos se puede hallar nada que un historiador social de mediados del siglo XX pudiese considerar relevante. Es más que probable que hubiese juzgado esos trabajos, si no divertimentos ociosos, producto de un modo insustancial de entender la historia, de historia de las costumbres o algo así. De «historia en migajas». Sin embargo, hay en ellos análisis de gran interés sobre la construcción cultural del gusto o, especialmente en los dedicados al restaurante francés durante los siglos XVIII y XIX, sobre sociabilidad y espacios públicos. La convicción del desmigajamiento puede ser más profunda ante libros como los de Penfold sobre el donut o los de Andrew Smith sobre la hamburguesa o las palomitas de maíz.<sup>28</sup> Penfold lleva a cabo un exhaustivo estudio sobre muy diferentes aspectos de ese alimento que, aunque no originario del país, muchos tienen por un símbolo nacional y que conoció una espectacular expansión en los años de la Segunda Guerra Mundial y posteriores, en parte por la eficaz política de distribución y de publicidad de compañías como la Canadian Doughnut, que universalizó su consumo (como demuestra Penfold con tablas que nada desmerecen a las que eran propias de los historiadores sociales a la vieja usanza). Smith, que enseña *Historia dietética* en la New School, es autor de una extensa obra sobre los alimentos industriales de alto consumo popular, de la que pueden ser representativos los dos libros suyos citados. Ambos autores son irrefutablemente meticulosos en el tratamiento de su materia, emplean documentación abundante y diversificada y analizan con rigor esas manifestaciones del consumo y la cultura de masas. Ambos, sin embargo, pueden ser exponente de una de las más serias objeciones que pueden hacerse a la Historia Cultural (y en especial a aquella que más se inspira en las temáticas de los *Cultural Studies*): la fragmentación, su tendencia acentuada a hacer migajas históricas (además de ofrecer algo de fundamento a la desazón respecto a que cualquier tema puede ser tan importante como cualquier otro y de que, por tanto, todo vale sin más razón de ser que la voluntad caprichosa del investigador).<sup>29</sup>

<sup>27</sup> Rebecca Spang, *The Invention of the Restaurant: Paris and Modern Gastronomic Culture*, Harvard University Press, Cambridge (MA), 2000; June Freeman, *The Making of Modern Kitchen: a cultural history*, Berg, Oxford y Nueva York, 2004; Priscilla Parkhurst Ferguson, *Accounting for Taste: the Triumph of French Cuisine*, University of Chicago Press, Chicago, 2004.

<sup>28</sup> Steve Penfold, *The donut, a Canadian history*, University of Toronto Press, 2008; Andrew Smith, *A Popped culture: a social history of popcorn in America*, Smithsonian Institution Press, Washington DC, 2001, y *Hamburger: a global history*, Reaktion, Londres, 2008.

<sup>29</sup> Paula S. Fass, «Cultural History/Social History: some reflections on a Continuing Dialogue», *Journal of Social History*, 37, 1 (2003), p. 41.

Migajas no tanto por el posible escaso relieve de los temas (en definitiva no hay tema menor con el adecuado tratamiento), sino por la atomización, el desmenuzamiento a que reduce la visión del pasado. Ese tipo de estudios muy parciales, muy delimitados, donde la exhaustividad y la minuciosidad tienen a veces rasgos preciosistas, presentan con cierta frecuencia falta de significación global, de mínima virtualidad para entender aspectos relevantes del comportamiento social pretérito o de los mecanismos propios de las mutaciones sociales. La fragmentación característica de la Historia social-cultural del presente, no solo desmenuza el objeto de la historia sino que a veces no proporciona criterios o supuestos articuladores de los fragmentos. Se trata, en suma, de una historia que no *explica*. En último extremo es esta la razón por la que hay quien sostiene, con desaprobación, que esta nueva Historia cultural-social carece de *rigor científico*, o que abandona el propósito de ofrecer «una explicación rigurosa». <sup>30</sup> Puede resultar problemático establecer qué es exactamente *rigor* en este contexto, pero en líneas generales no es aventurado convenir que, en gran parte, esa alegada carencia se relaciona con cierta nostalgia positivista y el recelo hacia lo que se interpreta como excesos especulativos de la Historia Cultural. Tanto como para concluir que, con su identificación con la Historia Cultural, la Historia Social no ha alcanzado mejora alguna y ha perdido capacidad explicativa, especialmente de explicación causal. <sup>31</sup> La de las relaciones causales en historia ha sido siempre una cuestión intrincada y espinosa en torno a cuya dilucidación se acaba en el estatuto mismo de la Historia como ciencia o como saber. Y también un asunto en el que los planteamientos poco han evolucionado desde hace más de medio siglo, <sup>32</sup> mientras la reformulación de la idea de relaciones causales en la filosofía de la ciencia ha sido profunda con conclusiones muy alejadas del modelo de ciencia nomotética con el que lidiaba el causalismo histórico. Es decir, el reproche a la Historia social-cultural en este terreno no tiene mucho alcance desde con-

<sup>30</sup> J. Kocka, «Losses, gains and opportunities», 22: los historiadores se plantearían asuntos que «no pueden ser respondidos mediante la cuantificación, métodos analíticos y rigor científico». Donald R. Kelley, «El giro cultural en la investigación histórica», en Ignacio Olábarri y Francisco J. Caspistegui, *La nueva historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*, Editorial Complutense, Madrid, 1996, p. 47.

<sup>31</sup> J. Kocka, «Losses, gains and opportunities», p. 24: «Social history has not been upgraded by this shift, quite on the contrary, since attempts towards systematic explanation, including causal explanation, have always been and continue to be important in social history».

<sup>32</sup> El tratamiento clásico de este asunto en el siglo XX se remonta al libro procedente de la tesis doctoral de Maurice Mandelbaum, *The problem of Historical Knowledge: an answer to relativism*, Harper and Row, Nueva York, 1967 [1938]. También, del mismo autor, *The Anatomy of Historical Knowledge*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1977, pp. 49 y ss., y «Causal Analysis in History», *Journal of the History of Ideas*, 8, 1 (1942), pp. 30-50. En la misma revista y número puede verse Morris R. Cohen, «Causation and its Application to History», pp. 12-39. De ambos artículos, más otro de Frederick J. Teggart aparecido en el mismo número de esa revista, hay edición española: Frederick Teggart, Morris Cohen, Maurice Mandelbaum, *La causalidad en la historia*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1959.

cepciones que manejan una idea de la historia construida con *hechos* y orientada a interpretarlos en forma de antecedentes y consecuentes.

Si es cierto que se suele obviar la explicación, no se trata tanto de una incapacidad como de que en muchas de sus corrientes la Historia de carácter cultural-social no se lo propone; es decir, como es propio del pensamiento postmoderno, no quiere tanto explicar como sugerir o, más exactamente, *interpretar*. Es decir, hacer accesibles los significados de los textos siendo éstos múltiples y multiformes, constituidos por signos de diferente naturaleza. La interpretación, como en la antigua hermenéutica, descifra el significado no manifiesto de tales signos. Los tratados de hermenéutica distinguían dos niveles u operaciones en el desentrañamiento de los significados, la *subtilitas intelligendi* o de comprensión y la *subtilitas explicandi* o de interpretación, siendo una y otra complementarias y simultáneas, no sucesivas, de forma que la comprensión es ya interpretación.<sup>33</sup> Algo similar es lo que se hace en Historia Cultural al leer los signos que constituyen sus materiales, ya que no se trata solo de interpretar restableciendo un significado originario sino de aflorar conocimiento que no está en el signo o en el texto que los signos constituyen y sí en elementos externos a él pero que con él forman una unidad. Lo que simplificando y de modo reduccionista se puede llamar contexto. La aplicación a los símbolos, a los ritos, a los mitos, a las imágenes no solo propicia la percepción de desmigajamiento, de desintegración, que antes se señalaba sino que en ocasiones se presenta en forma tal que parece carecer de toda voluntad de certitud, especialmente con enfoques deconstructivistas radicales o inspirados en la Nueva crítica. De esas escuelas, y en menor medida de las Ciencias Sociales, procede también un tecnolecto incorporado por ciertos historiadores que hace sus exposiciones confusas y ambiguas, algo que puede acentuarse con el uso sistemático de metáforas cuyo significado resulta vago o dubitable y que frecuentemente tienen poco o ningún valor elucidario. La crítica sobre tales asuntos denuncia «juegos de palabras», «trápalas», «anástrofes extravagantes»,<sup>34</sup> (algo así como el *flatus vocis* o palabra vacía del nominalismo), pero también la inexistencia de precisión, exactitud, fundamentación, verificación.<sup>35</sup> Si es indudable que esto puede

<sup>33</sup> Hans-Georg Gadamer, *Verdad y método. Fundamentos de una hermenéutica filosófica*. Sígueme, Salamanca, 1988, pp. 378-79. Sin que sea posible aquí extenderse sobre ello, no cabe ignorar las serias objeciones que pueden hacerse al empleo de la hermenéutica en Historia, especialmente cuando aquélla se ajusta más a sus formas clásicas teológicas o jurídicas, y «its use enables the student to impose meaning on his materials instead of extracting meaning and import from them»: Geoffrey R. Elton, *Return to the Essentials. Some Reflections on the Present State of Historical Study*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991, p. 30.

<sup>34</sup> Peter Mandler, «The Problem with Cultural History», *Cultural and Social History*, 1, 1 (2004), p. 95: «language play (...) puns and nonce-inversions». También, refiriéndose preferentemente a la Historia Intelectual, G. Elton, *Return to Essentials: metaphors regularly do duty of rational thinking*, «esoteric language» (p. 37); «language deliberately clumsy and obscure», «pompous obscurity» (p. 70).

<sup>35</sup> Por ejemplo, P. Mandler, «The problem», pp. 95, 96, 101, 112, etc. Una réplica a sus argumentos en Colin Jones, «Peter Mandler's «Problem with Cultural History», or, Is Playtime Over?», *Cultural and Social History*, 1, 2 (2004), pp. 20-215.

parecer una parodia y una exagerada deformación de lo que se hace y cómo se hace en Historia Cultural, también es cierto que no faltan ejemplos de los que tomar rasgos para trazar semejante caricatura.

Quizá un modo simple de recapitular el camino recorrido y que de forma genérica se ha venido exponiendo hasta aquí sea seguir cómo ha evolucionado el tratamiento de una cuestión central en la historiografía contemporánea, la Revolución francesa, un acontecimiento de especial relevancia para la Historia Social porque de él derivaba un modelo explicativo de los cambios sociales, de la movilización social y de la revolución misma como categoría historiográfica. Es bien sabido que, según la interpretación durante mucho tiempo canónica, que era la interpretación *social* de la Revolución (social porque, como quería Trevelyan, dejaba poco menos que de lado la política o en todo caso la subordinaba a las explicaciones sociales), su significado se basaba en esencia en un conflicto de clases resuelto cuando la clase media o burguesía derrotaba a la aristocracia y alcanzaba un poder político acorde con su preeminencia económica, crecientemente consolidada por el desarrollo del capitalismo. Un antagonismo social y un proceso a muy largo plazo que solo se culminó cuando aquella burguesía estuvo en condiciones de imponerse por la fuerza en lo que propiamente fue la revolución. Una interpretación cuya idea de fondo era la de los historiadores liberales de la Restauración y la Monarquía de Julio, como Thierry, y que tomándola de ellos elaboraría Marx para convertirse, previo reglaje positivista, en la de Matthiez, Lefebvre y Soboul, es decir, la de la Revolución francesa como modelo de revolución burguesa reforzada por sendas revoluciones, campesina y popular, una interpretación bien asentada hasta finales del pasado siglo. De acuerdo con tal interpretación, lo que estalló en 1789 fue efecto de procesos sociales prolongados y que había que captar recurriendo a especialidades históricas como la Demografía o la Historia Económica para obtener evidencias en forma de series, por ejemplo de precios del pan o de salarios (y al respecto es imposible dejar de mencionar a Labrousse).<sup>36</sup> A ese paradigma se oponían pocas voces y una de ellas fue la de Alfred Cobban con su *The Social Interpretation of the French Revolution*, 1964, donde con buena fundamentación empírica negó que la Revolución francesa pudiera interpretarse como el triunfo de una burguesía capitalista sobre una aristocracia feudal, al menos por dos motivos: por un lado porque el feudalismo hacía tiempo que no era ya en Francia una realidad dominante, y por otro porque la burguesía cuyos representantes actúan en la Revolución tenían poco que ver con la economía capitalista, es decir, esa burguesía revolucionaria la integraban y, sobre todo, dirigían políticamente burócratas y abogados que no podían repre-

<sup>36</sup> La extensa obra que codirigió con Braudel es magnífico ejemplo de los frutos finales de una concepción de la Historia Social: *Histoire économique et sociale de la France*, Presses Universitaires de France, París, 1970.

sentar una nueva clase con bases económicas en el capitalismo en expansión. En un sentido hasta cierto punto coincidente otros autores, como Chaussinand-Nogaret, subrayaron los vínculos y no la pugna entre nobles y burgueses que constituyeron una élite si no uniforme sí con intereses y convicciones compartidas. Aunque Cobban planteaba el asunto de manera distinta y llegaba a conclusiones encontradas con las del paradigma dominante respecto a la génesis y naturaleza de la Revolución, la suya era también una interpretación sustancialmente social, es decir asentada sobre premisas relativas a la estructura de la sociedad y las relaciones entre sus distintas fracciones. Los planteamientos revisionistas más drásticos empezaron a circular no mucho antes de la conmemoración del segundo centenario de 1789, aunque algunas de sus ideas fundamentales se venían adelantado desde veinte años atrás, y entre sus principales orientaciones se contaron aquellas que destacaban la dimensión política en el origen de la crisis revolucionaria. Es decir, la explicación social tendió a desplazarse hacia otra de naturaleza más propiamente política, referida o bien a las exigencias de la modernización del Estado para responder a desafíos internacionales (Barrington Moore, Skocpol), o bien a la pugna por el control del poder en el seno de la misma élite de aristócratas y burgueses de forma que la Revolución no transformó tanto la naturaleza de la élite social y políticamente dominante como sus equilibrios internos y el sistema político de la monarquía tradicional y sus centros de poder. En esta remodelación *política* de la *historia social* de la Revolución francesa las aportaciones de Furet tuvieron una importancia que resulta innecesario destacar. El *giro cultural* en el estudio de la Revolución estaba, pues, ya en ciernes antes de 1989 pero con la conmemoración de aquel año recibió un impulso que le ha hecho dominante en los últimos dos decenios, de forma que la siempre nutrida producción historiográfica sobre la Francia revolucionaria está hoy dominada por trabajos centrados en el lenguaje y la retórica, los símbolos e imágenes, la opinión pública y otras cuestiones propias de la Historia Cultural. Uno de los conceptos que más perspectivas han abierto ha sido el de cultura política, que aunque procedente de la Ciencia Política y acuñado por sus creadores Almond y Verba para el análisis de los procesos de democratización social y política en las sociedades de la segunda mitad del siglo XX, ha sido adoptado por los historiadores, no siempre con fortuna. Ya Lynn Hunt indagó sobre esa cultura política de la Revolución integrada por «prácticas simbólicas, como el lenguaje, las imágenes y los gestos»,<sup>37</sup> pero la aportación más significativa y estructurada fue la Keith Baker con su decidido desplazamiento de la interpretación del proceso revolucionario del terreno de las estructuras y los actores colectivos al de conflicto de

---

<sup>37</sup> Lynn Hunt, *Politics, Culture and Class in the French Revolution*, University of California Press, Los Angeles, 1984, p. 13. Para esta autora, la cultura política la constituyen «los valores, expectativas y normas implícitas que expresaron y configuraron los propósitos y acciones colectivas» (p. 10).



discursos. Con el enfoque de Baker, de los más audaces y persuasivos de los planteados por el giro cultural o el giro lingüístico, «lo social», tal como podría ser entendido convencionalmente en la Historia social de antaño, parece haberse borrado enteramente. Por ejemplo, la comunidad o el grupo, sea el que sea, como un elemento dado porque «una comunidad solo existe en la medida en que existe un discurso común por medio del cual sus miembros pueden constituirse en grupos diferentes dentro del orden social y formular sus pretensiones», o la misma Revolución, puesto que «una revolución puede definirse como una transformación de la práctica discursiva de la comunidad».<sup>38</sup> Parecería, ciertamente, que Baker habla de algo distinto a lo que ocupó a Soboul en su momento, pero si efectivamente hablan de lo mismo, de un único objeto (la Revolución francesa), lo hacen con lenguajes diferentes y quizá también les escuchan públicos académicos distintos.<sup>39</sup>

Esto último merece, quizá, alguna reflexión. No se trata evidentemente de que sean o no sean las mismas personas las que leían en el decenio de 1950 el libro sobre los *sans-culottes* parisinos con el que Soboul se dio a conocer como historiador y quienes cuatro decenios más tarde leyeran a Baker. Se trata solo de destacar la relevancia que en la transformación del modo de hacer y entender la Historia Social han tenido las preferencias y las necesidades de la comunidad intelectual interesada en la materia. Una comunidad mayoritariamente integrada por personas vinculadas al mundo universitario y en especial los historiadores profesionales con la condición de profesores que constituyen entramados o redes de *comunidades de discurso*, es decir, grupos frecuentemente corporativizados que comparten conceptos y procedimientos de integración o exclusión, ejerciendo en exclusiva la capacidad de evaluar y legitimar como especialistas el trabajo intelectual de sus colegas, de forma que aquellos que se aparten patentemente del paradigma o los paradigmas aceptados quedan preteridos en la comunidad o rechazados.<sup>40</sup> La propia dinámica profesional de los historiadores en sus comunidades de discurso puede inducir cambios de enfoque y temática como los experimentados por la Historia Social a lo largo del pasado medio siglo. En un campo

<sup>38</sup> Keith Baker, *Inventing the French Revolution. Essays on French Political Culture in the eighteenth century*, Cambridge University Press, Cambridge, 1990, pp. 17 y 18.

<sup>39</sup> La amplitud de las diferencias queda de relieve, incluso, con el libro en el que Soboul más pudo acercarse a la cultura como objeto de investigación histórica, *La société française dans la seconde moitié du XVIII<sup>e</sup>. siècle: structures sociales, cultures et modes de vie*, Centre de Documentation Universitaire, París, 1969.

<sup>40</sup> Se habla también de *comunidades epistémicas* o de *comunidades interpretativas*. El concepto de *comunidad de discurso* en Dominick LaCapra, «Rethinking Intellectual History and Reading Texts», en Dominick LaCapra y Steven L. Kaplan, *Modern European Intellectual History: Reappraisals and New Perspectives*, Cornell University Press, Ithaca, 1982, p. 69. Un buen ejemplo de su aplicación en Thomas Bender, *Intellect and Public life. Essays on the Social History of Academic Intellectuals in the United States*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore y Londres, 1993, si bien habla de *culturas de la vida intelectual*.

como el de la Historia, en el que no hay paradigma dominante basado en la persuasión concluyente según los conocimientos y recursos metodológicos disponibles, sino, si caso, de los convencimientos compartidos y coexisten paradigmas alternativos, las *revoluciones científicas* por usar la terminología de Kuhn, aunque aquí se haga referencia solo a los cambios de modelo en la forma de hacer ciencia, suelen mostrar cierta correspondencia con los relevos generacionales, con el ritmo de incorporación de nuevas cohortes de profesionales. Diferentes analistas han explicado, al menos parcialmente, los cambios experimentados en la práctica o en la elección de contenidos de la Historia Social atendiendo a ese factor.<sup>41</sup> Aunque requeriría tal vez un examen más detenido, porque, por ejemplo, la vida académica suele propiciar la continuidad cuando no la rutina, puede admitirse que nuevas promociones de historiadores introducen objetos de investigación diferentes, revisan otros más convencionales, lo hacen con perspectivas o metodologías innovadoras, recurren a herramientas teóricas extraídas de otras ciencias y, en general, a medios con los que aportar novedad y exhibir originalidad si les son necesarias para potenciar su carrera en ámbitos a veces muy competitivos. Es decir, además de la curiosidad intelectual y otros acicates puramente científicos, los mecanismos de incorporación y progresión en la estructura profesional tienden a primar la innovación temática y metodológica sobre todo en situaciones de saturación del mercado académico y editorial. De esta forma, el éxito de la Historia Social como disciplina en las universidades entre 1960 y 1985, grosso modo, minó las bases de su propia continuidad. Hacia la segunda de esas fechas, en los departamentos de Historia más abiertos al contacto con otras ciencias y más competitivos en su reclutamiento de estudiantes y profesores, una tesis o un libro sobre un sindicato o sobre luchas campesinas, que habían estado a la orden del día durante dos décadas (y que siguen escribiéndose por efecto de una inercia cada vez más débil), empezaba a tener escaso reconocimiento, al margen de sus méritos intrínsecos. Los asuntos y la manera de tratarlos tenían que ser otros.

En el medio académico español, estructurado por otras prácticas y lastrado de especiales servidumbres, esto puede resultar discutible o exótico, pero allí donde la Historia Social experimentó los más efectivos avances en su evolución, los Estados Unidos, la cosa resulta más evidente. Un estudio<sup>42</sup> sobre la estructura de

<sup>41</sup> «Editorial», *Cultural and Social History*, 1, 1 (2004), p. 1. P. Stearns, «Social History Present», pp. 10, 15. La situación del momento podría definirse en términos de «transición generacional y agotamiento del giro cultural».

<sup>42</sup> Robert B. Townsend, «What's in a Label? Changing Patterns of Faculty Specialization since 1975», *Perspectives On-line*, 41, 1 (January 2007), American Historical Association web site (<http://www.historians.org/perspectives/issues/2007/0701/0701new1.cfm>). La información de base, procedente de los anuarios de los departamentos universitarios, puede verse parcialmente en *Directory of History Departments and Organizations in the United States and Canada* ([http://www.historians.org/pubs/directory2/search\\_institution.cfm?CFID=1711137&CFTOKEN=84072290](http://www.historians.org/pubs/directory2/search_institution.cfm?CFID=1711137&CFTOKEN=84072290)). Pese a su interés, este análisis basado en una información que

los departamentos universitarios de Historia en ese país hace cinco años, según la presencia en ellos de especialidades o campos diferenciados y sobre las especialidades preferentemente practicadas por sus miembros, ofrece datos muy elocuentes. Con la información disponible, la pirámide de edades del profesorado en activo podría dividirse en tres tramos diferenciados por las fechas de obtención del doctorado: antes de 1976, entre 1976 y 1989 y después de 1989. Este último tramo, el más amplio con cerca del 50 % de la población total considerada, correspondería a la cohorte de los profesores más jóvenes, los de edad media inferior a los 40 años en el momento de recopilar los datos. El segundo tramo, el correspondiente a los doctorados en la segunda mitad de los años de 1970 y la década de 1980, representa algo menos de un tercio del profesorado y correspondería a los profesores con edades entre 40 y 60 años. Finalmente, el tramo superior y menor, correspondiente a algo más de un quinto del total, lo integrarían los profesores con no menos de tres decenios de antigüedad en el grado de doctor y con edades mayoritariamente superiores a los 60 años. A la hora de señalar su especialización o la especialidad que preferentemente cultivan, los grupos de edad arrojan una distribución muy significativa. Los del tramo superior se dividen en tres grupos de en torno a un tercio del total cada uno<sup>43</sup>, consagrados a tres ramas historiográficas entre las que no figura la Historia Social. Entre los profesores del segundo tramo algo más del 40 % señalan la Historia Social como su especialidad preferente, mientras que en la base de la pirámide los profesores más jóvenes registran como especialización historiográfica principal Mujer, Género o Afroamericana, es decir tres de los campos más característicos de la Historia Cultural estadounidense.

Puede igualmente estimarse qué especialidades han ganado presencia y cuáles han sido las que han menguado en los 30 años que van de 1975 a 2005, considerando el porcentaje de los departamentos de Historia que cuentan con al menos uno de sus miembros especializado en alguna de las distintas ramas. Así la Historia Intelectual y la Historia Diplomática o Internacional han experimentado retrocesos del orden del 20 %, pero el descenso más notable corresponde a la Historia Económica, que en 2005 no estaba presente en casi la mitad de los departamentos que la incluían tres decenios antes. Por el contrario, además de un leve crecimiento de la Historia Militar, que es prácticamente un estancamiento a niveles relativamente bajos, los aumentos más importantes corresponden a la Historia Cultural, que creció del orden del 20 % en el periodo considerado, y

---

deja amplio margen de incertidumbre y una metodología poco refinada es solo una primera aproximación al asunto.

<sup>43</sup> El total de las distribuciones porcentuales resulta >100 al computar a algunos individuos en más de un grupo.

sobre todo la Historia de la Mujer o Historia de Género, presente en el 80 % de los departamentos en 2005 y por debajo del 20 % en 1975.

Ambos grupos de datos requieren unas someras consideraciones. Respecto a los primeros, es evidente la ratificación de la renovación generacional que acompaña al auge de la Historia Cultural: del orden del 50 % de los profesores doctorados en los años de 1990 y sucesivos se especializan al menos parcialmente en estudios de historia de género, mujer o afroamericanos. Ciertamente en estos campos caben enfoques y metodologías diversas pero no es dudoso que casi universalmente se trata de estudios de Historia Cultural. Al mismo tiempo, esos campos han absorbido en gran parte las temáticas que antes eran propias de la Historia Social, en especial aquellas que a finales de los años de 1970 constituyeron la llamada *santísima trinidad* de la nueva Historia Social: mujer, género y poscolonial. Respecto a la distinción entre Historia Cultural por una parte, e Historia de la Mujer e Historia del Género por otra, puede tener explicaciones de carácter funcional y de otra índole, ligada por ejemplo a la denominación elegida para la dotación de determinados puestos, especialmente de carácter permanente (o *tenured professorships*), pero en esencia se trata de una misma modalidad, Historia Cultural, aunque esta última sea algo más amplia. De tal forma, esta especialidad tiene una presencia amplísima que en parte se explica por haber subsumido lo que no mucho antes se denominaba en las nomenclaturas de syllabuses y puestos docentes *Historia Social* o algo análogo. Una última consideración que aquí cabe hacer se refiere a la significación que en esos departamentos tienen los profesores doctorados entre 1976 y 1989, algo que va más allá de su dimensión cuantitativa y reviste importancia que cabe llamar cualitativa, por ser ellos, o estar entre ellos, quienes habitualmente tienen mayor influencia profesional y autoridad tanto institucional como informal en las estructuras académicas. Aun admitiendo que los casos concretos puedan ser diversos, en esa cohorte se halla en lo sustancial el núcleo de la jerarquía más activa de la profesión, el *establishment*, y sus componentes en un porcentaje considerable se dedican o han dedicado a la Historia Social. Ya veinte años antes de la fecha que aquí sirve de referencia observaba Patrick Joyce que, habiendo tenido en sus orígenes, por sus temas, sus conceptos, su forma de presentarse un deliberado carácter *anti-establishment*, la Historia Social era ya, también en Gran Bretaña, el *establishment*.<sup>44</sup>

Joyce, al subrayar que la Historia Social quiso tener en sus tiempos mejores una actitud u orientación expresamente contraria a los principios y preferencias sociales y políticas consagradas del momento, en particular a las más manifiesta-

<sup>44</sup> P. Joyce, «The end of Social History?», p. 80: «one speaks of the “end of social history” somewhat ruefully, in the knowledge of the hegemony of this establishment in our academic culture». Pese a su imprecisión sociológica, utilizo el término *establishment* por ser el que aparece en las fuentes anglosajonas que sigo y por lo extendido de su acepción. Además de prescindir aquí de todo sentido peyorativo debe entenderse, más que como una estructura formalizada, como un conjunto de relaciones informales.

mente conservadoras, toca un aspecto ya mencionado arriba y en cierto modo presenta desde otro ángulo lo que sugieren van der Linden, Price o Stearns (notas 9, 10, 11), es decir, que en el declinar de la modalidad *clásica* de la Historia Social ha podido intervenir e incluso ser determinante el cambio de los valores políticos y de las realidades políticas a lo largo de la segunda mitad del siglo XX. Naturalmente, se entiende que eran quienes escribían aquella historia quienes mantenían esa orientación o esas actitudes, es decir, que entre los practicantes de aquella modalidad imperaba una común persuasión izquierdista<sup>45</sup> más tarde abandonada. No por discutible deja de ser este un punto de vista de interés porque en el fondo plantea la vieja cuestión de la dependencia del historiador respecto a su propio momento, asunto en el que aquí no se entrará<sup>46</sup>, y respecto al cual basta únicamente recordar la plausible idea de que el historiador en la elección de sus temas, la selección de sus materiales y sus análisis está motivado, condicionado y hasta determinado por sus propias circunstancias. Así, en el abandono o la transformación de la Historia Social habría influido no solo un giro cultural o un giro lingüístico en el plano epistemológico, sino un *giro conservador* de carácter general a cuyos efectos los practicantes de la Historia Social no habrían quedado inmunes. Para las nuevas generaciones de historiadores serían ajenos los antiguos consensos y el sentido anticonvencional o contestatario de la disciplina. Para que resultase plausible este supuesto, es decir, que la *quiebra epistemológica* en la disciplina estuvo acompañada o precedida de una *quiebra ideológica* que la influyó y hasta determinó, haría falta apoyarla en evidencias empíricas de las que es difícil disponer y, además, encaja difícilmente con algunas evidencias. Por un lado, parece claro que, al menos en lo que hace a los Estados Unidos, pero es fácil colegir que la situación no es muy distinta en otros países occidentales, entre los profesionales que practican la *ciencia normal* (por volver a usar terminología kuhniiana) en los departamentos de Historia cuentan con peso específico particular los pertenecientes a las cohortes formadas en los años en los que mayor era la presencia de la Historia Social clásica, muchos de los cuales no solo asimilaron en su formación aspectos propios de esa especialidad sino que enfocaron sus tesis de acuerdo con los postulados temáticos y metodológicos propios de la misma. Esas personas, además, experimentaron una socialización académica como estudiantes en un medio universitario, el de los decenios centrales del siglo XX, muy dominado por posiciones ideológicas y políticas izquierdistas. Por tanto, la doble impronta de una específica concepción de la Historia y de opiniones políticas acordes con la matriz del *antiguo consenso de izquierdas*

<sup>45</sup> *Ibid.*, p. 80: «old liberal-left consensus of social history».

<sup>46</sup> Por haberlo mencionado arriba es obligado recordar lo que al respecto decía Mandelbaum, *The problem of historical knowledge*. También la discusión de sus tesis por Lovejoy, para quien solo hay historia cuando el historiador trasciende los parámetros de su propio momento. Arthur O. Lovejoy, «Present Standpoints and Past History», *The Journal of Philosophy*, 36, 18 (1939), pp. 477-489 (especialmente p. 482).

a que se refiere Joyce han de tener una presencia en la práctica normal de la investigación y la enseñanza que complica la explicación de que los cambios experimentados han debido de tener relación significativa con las transformaciones del clima político general en Occidente. A mayor abundamiento, no hay razón, sino tal vez al contrario, para suponer que los historiadores universitarios sostengan opiniones políticas diferentes a las que son predominantes entre los profesores de enseñanza superior, y estas son mayoritariamente izquierdistas. También aquí la verificación empírica que confirme lo que es un parecer extendido y plausible es compleja, pero al menos respecto a los Estados Unidos existen datos suficientes para sostener que los profesores universitarios observan actitudes, sostienen opiniones y actúan políticamente mucho más hacia la izquierda que el conjunto de la población. Ya en 1975 un estudio clásico al respecto,<sup>47</sup> basado en una amplia muestra, concluyó que esas personas no solo votaban a candidatos del partido Demócrata en porcentajes sin parangón con otros grupos sociales sino que también en cualquier asunto social o económico, en actitudes antimilitaristas o pacifistas y en prácticamente toda cuestión con significado político se situaban mayoritariamente en el lado izquierdo del espectro ideológico. En Stanford, durante los años de 1980 (los de las victorias presidenciales de Reagan y George Bush Sr.), cuando el porcentaje de voto a los candidatos presidenciales del partido Demócrata entre el profesorado de aquella universidad fue de entre el 71 % y el 78 %, de 26 profesores de Historia preinscritos como votantes, 22 estaban en el caucus Demócrata y solo uno como Republicano, mientras el 76 % de los profesores de Filosofía, Historia y estudios étnicos se definían como izquierdistas.<sup>48</sup> La situación de los decenios de 1970 y 1980 no parece que haya cambiado hasta el presente. En una ingente investigación de 2007 con un universo de más de 600.000 profesores a tiempo completo en la enseñanza superior,<sup>49</sup> los resultados enriquecen mucho la información pero confirman algo constante: las preferencias políticas de ese grupo profesional están considerablemente más a la izquierda en comportamiento electoral y en opiniones que las del conjunto de la población. Más del 62 % de los profesores de enseñanza superior se identifican como *izquierdista, algo izquierdista o muy izquierdista*, cuando solo el 23 % de la población se tiene por izquierdista. Entre los especialistas en ciencias

<sup>47</sup> Everett Carl Ladd Jr., Seymour Martin Lipset, *Survey of the Social, Political, and Educational Perspectives of American Colleges and University Faculty*. National Institute of Education Project, 3-3050, y *The divided academy: professors and politics*, McGraw-Hill, Nueva York, 1975. Por simplificación, pero con fidelidad a su sentido, aquí se traducirá el término americano *liberal* como *izquierdista*.

<sup>48</sup> Martin Anderson, *Impostors in the Temple. A Blueprint for Improving Higher Education in America*, Hoover Institution Press, Stanford, 1996, p. 141.

<sup>49</sup> Neil Gross y Solon Simmons, «The Social and Political Views of American Professors», [http://www.wjh.harvard.edu/~ngross/lounsbury\\_9-25](http://www.wjh.harvard.edu/~ngross/lounsbury_9-25). Un desglose de algunos de los datos en Louis Menand, *The Marketplace of Ideas. Reform and resistance in the American University*, Norton and Company, Londres y Nueva York, 2010, pp. 133 y ss.

sociales, más del 58 % se identifican como izquierdistas (y solo el 5 % como conservadores), entre los de humanidades los porcentajes son del 52,5 % y 3,6 % respectivamente. En uno y otro grupo de profesores se hallan los historiadores sobre quienes, en resumen, es difícil sostener que hayan retrocedido los elementos fundamentales que a finales del siglo XX permitían identificar el *consenso izquierdista* propio de la Historia Social. Por otro lado, hay autores que subrayan que la Historia Cultural que ha subsumido a la Historia Social ha heredado y acerado su vocación subversiva y crítica, por ejemplo prestando especial atención entre sus temas, y legitimándolas con ello, a las conductas y opiniones que en los márgenes de la normalidad social erosionan su centro.<sup>50</sup>

En suma, aunque, como muestran Gross y Simmons, en las universidades americanas de hoy los profesores más jóvenes tiendan a ser algo más moderados en opiniones políticas que sus mayores (pero más radicales en ideas sociales, o *lifestyle politics*), y aunque muchos de estos profesores jóvenes prefieran o tengan que elegir temas y enfoques que les distingan y les favorezcan en el mercado editorial y en las oportunidades profesionales, la explicación del cambio en el cultivo de la Historia Social, aunque solo sea parcialmente aduciendo razones de esta índole, es decir externas, puede tener mucho del consabido *laudator temporis acti se puero* horaciano.<sup>51</sup> O en refrán castellano, *tiempo pasado siempre celebrado*. Para muchos historiadores, no necesariamente maduros, los excesos interpretativos de cierta forma de hacer Historia Cultural pueden presentar como deseables los días en los que se escribía historia hablando de clases y realidades de la vida material, o por el desmigajamiento en minucias culturales lamentar la pérdida del gran relato, o por las excentricidades terminológicas y léxicas evocar con añoranza el vocabulario positivista y dialéctico. Indudablemente en todo eso hay mucho de enfadoso, como también lo había en la meticulosidad positivista para contabilizar afiliados a una federación sindical, o en las ortopedias conceptuales del materialismo histórico de catón. Pero ni una ni otra serán ejemplos de lo que es hacer historia de cierta calidad, la que ayuda a entender que los móviles del comportamiento de los individuos en sociedad son siempre complejos y casi nunca plenamente comprensibles.

---

<sup>50</sup> Paula S. Fass, «Cultural History/Social History», pp. 42 y 43. Entiende esta autora que la recuperación de la Historia Social frente a la Cultural reequilibraría la preferencia temática por lo marginal frente a lo central, lo normal frente a lo infrecuente, con un cuadro más veraz del pasado.

<sup>51</sup> «Panegirista de los hechos del tiempo de su niñez», en Horacio, *Ars poetica*, 173-174.